

HOJA



SALVADOR MORENO

NUMERO 4

MEXICO, D. F.

CINCO SONETOS

I

Todo tras sí lo lleva el año breve.

Quedo.

Todo tras sí lo lleva el año breve,
nos dices de ese plazo que termina,
y en el alma sentimos que camina
una sombra velada, el paso leve.

Como roca insensible que se mueve
por las profundidades de la mina,
la semilla, templándose, germina
en la tibia humedad, bajo la nieve.

La rama crece apenas, se madura
el tierno, delicado, limpio vaso
que en fruto apetecido se convierte,

y el alma estremecida se apresura,
arrancada a la vida paso a paso
por la velada sombra de la muerte.

1946

II

Esencia desprendida de las flores,
suspiro, voz, perfume, casi queja.
Aroma como sueño que nos deja
recuerdos de recuerdos huidores.

No el aparente rostro de colores,
ni la sencilla forma o la compleja
—fina prisión, cadena, viva reja—,
sino el hondo lugar de los olores.

Eso que vivo y límpido se asoma
al ágil vientecillo cuando leve
acaricia la flor, rompe la calma

—queja, suspiro, voz, perfume, aroma—
arrancando a su ser fragante y breve
el invisible pétalo del alma.

1946

III

1

Como en toda ciudad vieja y creciente,
en México también, sin que se advierta,
un cementerio oculto, alguna huerta,
son público jardín hoy diferente.

¿Ese mundo borrado ya no siente,
o al olvido, más ávido, despierta?
¿Esa rama, esa flor —secreta puerta—,
serán muda señal, labio impaciente?

Yo me recuesto así sobre la yerba,
con pensamientos raros y sombríos,
bajo el árbol inmenso de la vida

que con sus voces todo lo exacerba;
mi vida se suspende, y nuevos bríos
recibo de la muerte allí escondida.

IV

2

Estoy sobre la yerba. Aquí escondida,
esa olvidada realidad espera
—en soledad perfecta—, lo que fuera
interroga monótona la vida.

Toda impaciencia tiene su medida
—verano, otoño, invierno, primavera—;
si el rumor de la vida desespera,
la muerte a su silencio nos convida.

La sentimos aquí, casi viviente,
habitar poderosa —no murmura—,
transformada, viril, nunca acabada,
oculta —retenida, diferente—
bajo el manto sonoro de verdura
en su limpio silencio replegada.

V

3

Es un engaño, ya lo sé. Quisiera
con mi mano tocar desconocido
cuerpo que abandonado, ya tendido,
de un amigo posible aquí existiera.

Mis dedos al hundirse —¡quién pudiera
llegar hasta ese fondo entristecido!—
sólo tocan la yerba. Detenido
el corazón parece que muriera.

¡Calor inútil de mi cuerpo amante
sobre la verde superficie apenas
traspasada y sedienta de mi abrazo!

Cierro los ojos por llegar delante
del pensamiento y lágrimas ajenas
me llevan en secreto a su regazo.

1947

Salvador Moreno



BIBLIOTECA
Ateneo Español de México